

vencido, esa criatura inocente, ha vivido, sufrido, sangrado, arrastrado el terror, bebido el odio y atravesado de un extremo á otro el antro de la gehena, mientras que yo, yo serafín, brillo y luzco, y cuando cae rendido, agonizando al fin, y reclina sobre la noche su extenuada cabeza, Dios no le debe nada! Vacío, borramiento, nube, silencio; y la nada, almohada del infierno.

¡Oh ley ante la cual se estremecería hasta un libro de hierro! ¡Que, dictada por Nerón en un acceso de risa, haría llorar al bronce donde quisiera escribirse!

¡Cómo! ¡Yo soy una bestia y hago lo que puedo: el abismo! ¡Y luego el abismo! ¡Y luego el abismo!... ¡Oh desesperación! ¡Esta sería la sentencia!

*

Pero tú, elegido irrisorio, hombre, ¿á qué distancia estás del animal? ¿Lo sabes tú? Tú casa es la del castor; el Egipto tenía razón de estar inquieto al umbral de la grande siringa (1). ¿Estás seguro de no proyectar la sombra de un mono? ¡Cómo! ¿El animal no es nada? ¿Vales tú más, por ventura? ¿El adulator sabe arrastrarse mejor que el lagarto? ¿El envidioso tiene más ingenio que la víbora? ¿Quién es el hijo ó el padre entre el hombre y el puerco? ¿Vales tú el grajo ladrón que coges con reclamo? Quisiera yo saber qué es tu piel y si los astros, viéndola colgada en vuestros mataderos, se admirarían más de ella, desde

(1) *Syrinx*, nombre dado por los griegos á las sepulturas reales de Tebas, en Egipto.—(N. del T.).

el precipicio de los cielos, que de la piel de un buey de ojos misteriosos ó de un ciervo de pelo rojo jaspeado de manchas blancas, cuyo ojo azorado fulgura entre el ramaje.

Más de un secreto extraño palpita entre tú y el monstruo, cuyo vago espanto experimenta á veces el hombre. Hay seres bajos, por debajo de la bestia misma, veneno, peste, aquilón, tempestad, que abriendo abajo la ciega boca de las calamidades, hacen á todos los vivos la guerra del caos. Aunque su diente te muerda y tu brazo le pegue, el animal es tu hermano, y con frecuencia la bestia ha combatido con el hombre contra la natura-hidra; ella te comunica una obscura virtud, y la piel del león ayudaba al gran Hércules.

¡Ah! ¡Te imaginas estar en pleno día y te ríes del crepúsculo! ¡El pensamiento es tu lote! ¡Dios no ha logrado nada fuera de ti! ¡Tú te crees raro [excepcional] y elegido entre todos porque un viento de lo alto sopla á veces en tu brisa y porque gritando de tiempo en tiempo: ¡Brahma! ¡Moisés! ¡Isis!, ó murmurando Lamma Sabacthani, remudándose entre otras hermanas cuyo tiempo está terminado, una religión, en la sombra ó en la luz, aparece á tu cabecera y, nueva enfermera, viene á cambiar la almohada de tu lecho de hospital! ¡Tú providencial y fatal lo demás! Pero, vamos á ver, razonemos un poco; sé económico de éxtasis para ti mismo, y mírate.

El hombre, Titán de lo relativo y enano de lo absoluto, se cree astro y se ve con cabellera de claridad; hombre, el orgullo te embriaga, y [el orgullo] es un vino de la obscuridad. ¡Vuelve á bajar! ¡Vuelve á bajar! Hace poco, el águila áspera y sombría tenía razón

con frecuencia al maltratar al hombre. Porque yo he dicho: yo; ¡está bien!, adelante! ¡No vayas á aporrear á los soles, larva negra! ¡Ahorra al infinito el asalto del infusorio!

Vamos á ver, ¿qué eres tú? ¿Puedes afirmarte tú mismo? ¿A qué te resuelves? ¿A dudar? ¿A odiar? ¿A amar? ¿Qué crees? ¿Qué sabes? No tienes en tu ciencia ni siquiera un punto de pãrtida fijo de sombra ó de confianza; sabes al azar. Leyes que tu ojo calcula, hechos, cifras, procedimientos, clasificaciones; todo eso, ¿contiene á Dios? Contesta. Tu ciencia es la borri- ca que anda llevando un saco al molino de la Gonesse, sin saber, mientras anda con la frente baja y el ojo turbado, si es un saco de ceniza ó bien un saco de trigo.

¿Qué dicen el artista conmovido, el sacerdote en su capilla, el gañán [vaquero] revolviendo el fiemo con su pala, el pastor de ojo vidrioso, el eremita, el erudito? ¿Qué dice el anatómico al trapense? ¿Qué dice el buzo del cadáver al minero del esqueleto? ¿Qué dice el médico al geólogo, atleta que lucha con la tierra y cae extenuado? Y el algebrista exacto, silbado por el infinito, ¿qué dice ese pastor de las cifras indóciles? ¿Qué dice el divino rey de las estrigas y de los silos, lanzando hacia lo desconocido, que tú sometes á tu vuelo, algún sistema ciego ó cojo que nunca llega al fin de un hecho sin turbación y sin embarazo? ¿Qué dice el filósofo, aventurero de la sombra? ¿Y el poeta amigo de los cielos donde despunta el alba? ¿Qué dicen, temblorosos, pãlidos, con el azadón en el puño, todos esos negros foseros de la fosa ciencia? ¡Hombre!, dicen todos: Noche, miseria, imprevisión, error, nada, humo, imbecilidad, duelo. ¡Y con esto consti- tuyes tu orgullo!

La luz y la ignorancia se codean en tu híbrido sa- ber. No sabes tener embridada la fantasía. ¡Tú andas, andas, andas! ¿A dónde vas?

¡Vanidad! Tú crees que al crearte Dios te puso á parte, que tu cuna contiene todos los orígenes, y que todo se condensa en ti; tú te imaginas que, á medida que todo nacía y surgía, el Eterno te daba algo de ello, y que bajo tu cráneo es donde Dios trazó la mon- tea de ese mundo que llena su pura aureola. Tú di- ces: tengo la razón, la virtud, la belleza. Dices: Dios quedó muy cansado después de haberme inventado; y tú crees igualarle cada vez que te mueves.

¡Vamos! Mírate un poco al espejo en los pieles- rojas. ¿Qué dices de los yolofs, embadurnados de achiote, prendiendo de su cuello collares de orejas, y de los hurones adornados de estúpidas cuchilladas? ¡Mírate al espejo en los negros, en los cafres, en los yoways, agujereándose la nariz, pintándose la piel, en- venenando sus flechas en las glándulas de los sapos! Aprende esto, rayo de luz; aprende esto, pensamien- to: el ángel empieza en el hombre, y el hombre en el chimpancé; el orangután, tu hermano, es un hombre [que va] á tientas. Bien puedes aceptarlo tú, puesto que lo aceptamos nosotros.

¡Mírate al espejo en tus gustos, en tus costumbres, en tus razas, en tus amores brutales, en tus instintos voraces, en la artesa donde vemos beber á tus apetitos! ¡Tu historia, tus leyes, tu ruido, tu zis-zas! ¿No te figuras que tus gestos, tus guerras, tus gritos, tur- ban el azul con sus vulgares estrépitos y que el día mide su ocaso según los pasos tuyos? ¿No crees que el cielo es güelfo ó gibelino, que el ser es Armañac ó Borgoñón, que el astro conoce ó no Ginebra y

Roma, York y Lancáster, y que el mundo pende de tu sagrado cabello? ¿Tus príncipes, tus sultanes, tus reyes? Pregunta algo sobre lo que piensan los astrónomos de tu grandeza. Habla de ello á Newton. Porque te llamas César ó Enrique IV, y el mejor día Lasca ó Ravailac te pillará á traición, se embosca en la obscuridad y te corta la vena cardíaca, ¿no crees descomponer el Zodíaco enorme?

Y en cuanto á tus ciudades, Babeles de monumentos donde todos los acontecimientos hablan á la vez, arcos, torres, pirámides, ¿qué pesan? Poco me sorprendería que una mañana se los llevara el alba en revoltijo en sus húmedos rayos, con las gotas de agua de la salvia y el tomillo. Y tu arquitectura, graduada y soberbia, acaba por no ser más que un montón de piedra y de hierba, donde el áspid sutil silba de cara al sol. Tu mármol, con que haces dioses, ¿en qué acaba? Corre el tiempo y corriendo acuña tus estatuas. De tu bronce, que prostituyes á tus reyes guerreros, sé hacer liars (1) que valen héroes.

Tu mármol, cal y yeso llena los carros. Hombre, la mariposa que vive una semana, el vibrión que un día crea y un día se lleva, la efímera envidiando aquella longevidad, igualan á tu granito ante la inmortalidad.

¡Ah, tus obras! Verdaderamente, hablemos de ellas. ¡Homicidio, envidia, sangre! Tú construyes la muerte cuando Dios siembra la vida. Y mientras Dios

(1) *Liard*, moneda antigua de cobre usada en Francia, de la que no se hace mención antes del reinado de Luis XI. Equivalía á tres dineros, ó sea $\frac{1}{4}$ de sol. Según una ordenanza del citado príncipe, desde mucho tiempo existía en el Delfinado una pieza que sólo valía tres dineros, que tal vez fuese la misma, á la que se llamaba *blanc*.

(N. del T.)

hace las encinas en los montes, los boababs parecidos á pies de mamnones, el árbol del pan, la espléndida palmera, el alerce, de donde sale un canto parecido á la ola bajo el acantilado, el olivo, la higuera, el cedro, el nopal; tú haces el árbol cadalso, el árbol cruz, el árbol palo, el espantoso árbol suplicio, enorme, vasto, infame, ciprés cuyas ramas, haciendo la noche sobre el alma, suenan lúgubrememente como encadenados, del que cada rama lleva ¡ay! dos condenados, é inclina estremeciéndose dos espectros sobre el abismo: al sol, vista por el hombre, la víctima, y por el lado de Dios, en la sombra, el verdugo.

¡Ah! ¡Te crees divino! ¡Colocas tu cero frente á ese inaudito orbe del océano sabiduría al que se llama mundo! ¡Ah, gigante! Todo género de saber para ti no es más que un juego. ¿Por qué contentarte con [ser] un poco menos que Dios? ¿Por qué no sacar el abismo á la luz? Coloso más alto que Atlas y más veloz que las aves, ¿por qué contentarte con tus religiones? Cuando nosotros nos refugiamos en el infinito, ¿por qué no seguirnos, alma colgante del ataúd, y cogerlo todo? ¿Por qué no descifras lo que canta el abismo? ¡No has de hacer más que quererlo! Si no oyes el himno eterno vibrando bajo los eternos velos, puedes verlo al menos. Las constelaciones son gamas de estrellas; y, en ciertos momentos, los vientos te cantan jirones del canto prodigioso que llena las tumbas. Vamos, haz un esfuerzo, espíritu más grande que el águila. Toma tu escala, toma tu pluma, toma tu regla. Toda esa música de ruido inefable está allí en el espantoso rugido de la noche; ve, sube; no has de hacer más que trazar tirantes bajo los septentriones y bajo las vías lácteas, para leer en el mismo instante, en el fondo de los cielos encarnados, la sinfonía escrita en notas de soles.

¿Qué esperas, pues, dí? ¡Ve, pues, al fondo de Dios! ¡Ve pronto!

¡Ah, hálito de estiércol que el perfume evita, hombre, sombra! ¡Vano corredor de todos los deslices! ¡Mercader de Cristos traicionados y de Josés vendidos! ¡Ve! ¡Tú sales del fango, y tu malsana madre es la materia infecta y la materia obscena! Tus sombrías legiones de gusanos, montón, rebaño, cúmulo imbecil adorando á lamas, con lo que ellas hacen y lo que ellas proyectan, vegetan entre el alimento y el excremento.

*

Pero tú te haces pequeño, cambias de argumento, y ahí, replicas, está justamente tu queja: —El hombre es un deseo vasto y un apretón estrecho; un eunuco enamorado, un viajero que cojea; el hombre no es nada; para él la tierra miente á cada hora; la vida es un anticipo en vez de ser un pago.—Tus sabios te lo han dicho, y en tu humor negro, el hombre, no te has alejado de creerlo; es excesivamente poco ser un hombre; al nacer, Dios debía darte todo el azul de que te reviste la muerte.

¡Ah! ¡Ya tú mismo no estás contento de Dios! Tú quisieras ser en la tierra un ser supremo; acreedor exigente, te quejas de haber nacido á medias, de que el amo haya escatimado contigo, de que Dios se haya retrasado, y de que, él que medita, él que vive, al vencimiento fijado no te haya hecho libramiento de la sombra y de la eternidad; y quisieras, además, que todo el otro lado de la creación, miseria desapercibida, fuera sumergida para siempre en la noche sin fin.

*

Pero tú dices: —El guijarro roto, el árbol derribado, no sufren; la bestia ignora.—¿Qué sabes tú? ¿Sabes la profundidad del suspiro y el abismo del grito? ¿Eres tú la cima, para ver el fondo del precipicio? ¿Y si hubiera llantos que corrieran dentro? ¿Y si hubiera un dedo, lamido por los fuegos mugidores, que sintiera como se estremece la quejumbrosa montaña y para la cual la roca fuera una sensitiva? ¿Qué sabes tú? Tu moral, oh judío, pagano, cristiano, es un mapa oscuro y abigarrado del bien y del mal, cuyas fronteras pintas á tu gusto. Ese libro, cuyo índice haces tú, ¿lo has leído? ¿Qué ves por tu agujero de cárcel? ¿Llevas dentro de tus ojos el horizonte insondable? ¿Cierras el universo, cerrando tu ventana? ¿Con qué derecho señalas límites al ser y dices, inclinándote sobre el obscurecido mundo y sobre la ola viviente: ¿Se sufre hasta aquí? Ya ves, pues, los dolores de esas esquivas bestias.

¡Ah! Siendo el sufrimiento el porvenir, te lo quedas, lo quieres solo para ti; todo lo demás es demasiado vil. Ves torcerse el árbol y dices: ¿Sufre? Dices: el bruto muere, su recuerdo se va volando; ni siquiera se apercibe de que lo roben.—¡Cómo! ¡El hombre hijo único y el universo bastardo! ¡Cómo! Tus males solos obtendrían más tarde el paraíso que, cierto para ti, sería una fábula para otro cualquiera. El Eterno sería insolvente para la bestia. ¡Cómo! Los monstruos, pensadores silenciosos, tendrían derecho á mover la cabeza [incrédulamente] en presencia de los cielos. Dios bajaría los ojos ante su sombría lucha. Podrían echarle [en cara] el desprecio del bruto y, ante los soles, los astros triunfales, y la estrella y la

aurora podrían decir: ¡Oro falso! ¡Dolor, nada, horror, serían su destino! ¡Cómo! ¡La creación entera condenada! ¡Sueño espantoso! Ningún objeto [habría]; sólo llegaría el hombre; sufrir y no ver nada; el dolor, ojo vaciado; todo injusto; una vasta y estúpida espiral de seres perdidos, sin luz, sin nudo, sin ley moral, yendo no se sabe á dónde, viniendo no se sabe de dónde, y en el fondo de todo de la espantosa sombra, Dios loco. Ese Jehová Satán, ¿qué se quiere que se haga de él? ¡Ensueño execrado! ¡Salivazo del hombre sobre tu faz, oh Dios mío, calumnia al padre universal! ¡Baba de invenciones que mancharía el cielo si el fango, espuma vil, pudiera alcanzar á Dios, el sublime ultrajado, eterno y tranquilo!

*

¡No! Todos los seres son, y fueron y serán.

*

Que tenga su ceniza en el corazón, que tenga su llama en la frente, todo ser es inmortal como esencia y vuelve á encontrar lo que le queda debido por la ley que sufre. El ser pequeño no es un motivo para no ser visto; nadie padece en vano; Dios no es el inmenso míope del espacio. El aullido del escollo que jamás se cansa, el trueno, el vuelo del astro escabellado, todos los rugidos del viento desbozalado, la tromba, el volcán, hacen, en el eterno precipicio, menos ruido que este grito del mosquito: ¡Sufro! Todos los seres son Dios; todas las olas son la mar.

¡No! ¡No! El aplastamiento no es la ley del gusano. ¡No! ¡No! Todo sufrimiento es un surco. Oración y llanto deshacen siempre algo atrás, y hacen, oh se-

renos cielos, algo adelante. Todo ser se rescata y todo ser se vende. Bien y mal. La ley viene de detrás de la vida y continúa después de la muerte. Hombre, envidia á tu perro; no sabes, triste amo hosco, si no tiene más azul que tú en la mirada. Todo vive. Creación cubre á metempsícosis.

*

¡Oh! Desdén hacia la bestia y desprecio hacia la cosa, doble falta del hombre y su doble desdicha. Si hubiera sido mejor para con la vida ínfima; si en vez de aplastarlo todo hubiera hecho lo contrario; si en vez de ser verdugo se hubiese mostrado hermano; si hubiese comprendido el hacinamiento humano que removía, y el ser monstruoso, el gran sufriente mudo; el hombre, expuesto á esa hora de los ladridos de la sombra, hubiera sido el primogénito rey de la sagrada familia. Ese ciego hubiera llegado á ser el vidente. Hubiera visto volver hacia él al ser fugitivo. La vida apareció con toda su transparencia á su espíritu que turbó la ignorancia, y el hombre, bajo el mármol, ó la albura, ó la carne, hubiera visto el pálido relámpago del alma universal. Inclinandose con la majestad de los sacerdotes sobre esas máscaras hurañas que se llaman seres, tranquilo hubiera desvanecido el taciturno abatimiento del mundo aterrado que vive lúgubrememente. Su compasión, desmigajándose en los feroces sufrimientos, hubiera hecho volver hacia él todas aquellas bocas ásperas. La bestia hubiera aceptado al hombre; la encina lo hubiera acogido en los bosques con su gran saludo; la piedra, en su horror, le hubiera adorado; la roca se hubiera estremecido en la obscuridad conmovida al acercarse él, y en todos los guijarros hubiera tenido altares. Debajo de él hubiera sentido sublimes inmortales. Él hubiera sido el

mago. Él hubiera conocido las causas. Él tendría sobre su frente la luz de las cosas; él sería el Hombre-Espíritu. El águila hubiera fraternizado, y el león, mostrándole el cielo, hubiera puesto su garra sobre el hombro augusto del genio. En lugar de odiarle en su lúgubre agonía, los vivos espantables de abajo hubieran bendecido á aquel gran comulgante del amor infinito. Viéndole, hubiera resplandecido la fosa, semejante á las noches de estío abrasadas por una claridad encarnada; la tumba hubiera cantado, el espectro hubiera sonreído; hubiera sido el favorito de los desconocidos, el bien amado de los que están bajo las cortezas, bajo los granitos, con las savias y las fuerzas, y en todos sus trabajos, sin cesar, á todas horas, toda obscuridad le hubiera besado dulcemente. La sombra inmensa sería su fiero auxiliar. La naturaleza hubiera sido la hiedra del hombre, y en los llantos, en los choques, en los males, en los duelos, le hubiera protegido con sus mil ramas. Desde el fondo de las insondables tinajas, hubiera sentido subir hacia él los vientos, los perfumes, los efluvios, los puros magnetismos, los hálitos, los imanes y el socorro profundo de los sombríos elementos. Las calamidades que le hacen la guerra del desorden, hubieran ido á lamerle los pies que vienen á morder; cuando al anoecer se arriesga su barca fuera del puerto, la ola hubiera dicho al viento: ¡es él!, sopla menos fuerte; el azul hubiera murmurado: ¡Paz á la vela rubia! El escollo se hubiera esforzado por encorvarse bajo las ondas. El ser múltiple esparcido en la expiación le hubiera aconsejado en todas partes con su vago destello. Al sentir aquella bella alma humana, buena y tierna, bajarse y tocar su cadena y aflojarla, la creación brutal de deforme pechera, el instinto, ese brillo del alma que [sólo] tiene respiradero, el gran Todo, esa ola sorda que se hincha y que se ahueca, la enormidad,

la cosa informe y tenebrosa, el horror de los bosques, el horror de los mares, el horror de los cielos, todo lo misterioso, todo lo prodigioso; á través de la sombra hubiera acudido sumiso á su llamamiento sublime; y el hombre hubiera tenido por perro al abismo. Fantaseando, satisfecho, deslumbrado, sentiría en él la penetración de las estrellas. El ángel lo mostraría al ángel que se inclina. Él sería hoy la gran cabeza blanca divisada por encima del precipicio y de la noche.

Pero no ha comprendido nada, sondado nada, traducido nada, amado nada, más que á él mismo y á él solo. En su desmesurada y triste vanidad, el egoísta vive casi fuera del grupo inmenso de los vivos. En ese vasto universo, cúmulo de soñadores espíritus, ve dos seres: él, á quien él siente; Dios, á quien él supone.

*

La chispa de Dios, el alma, está en todas las cosas. El mundo es un conjunto donde nadie está solo; todo cuerpo oculta [como máscara] un espíritu; toda carne es mortaja; y para ver el alma, no hay más que levantar el sudario.

*

La falta es el esqueleto y el ser es el osario.

Es decir, oh viviente,—pues para la tierra es preciso comentar incesantemente las fórmulas de lo alto,—que este mundo, donde Dios pone lo que quita de los cielos, no es más que el horrible cementerio de la falta. Todo hace germen. Y la vida es un seno que concibe, ¿qué?, la vida por venir. Todo ser, cualquiera

que sea, desde el astro al excremento, desde el topo al profeta, es un espíritu arrastrando la forma que él se ha hecho. Tanto como en la gracia y en la belleza, persiste y vive el ser en la deformidad. Tanto como la absorción de la materia infame, tanto como Eva, la de la dulce frente, es alma Leviatán.

La negrura de hoy hace la noche de mañana. Sí, bestia, árbol, roca, maleza del camino, todo ser es un viviente de la sombría inmensidad. El hombre no es el único que va seguido de una sombra; todos, hasta el miserable y vergonzoso guijarro, tienen tras de sí una sombra, y una sombra delante. Todos son el alma que vive, que vivió, que debe vivir, que cae y se encarcela ó sube y se libra. Todo lo que se arrastra expía una caída del cielo. La piedra es una bodega donde sueña un criminal.

¡Ten cuidado, espíritu! ¡Retrocede ante el umbral del mal, párate! ¡El árbol te espera, la peña te atisba, espíritu! ¡La bestia es una trampa donde puede caer el hombre! ¡Tiembla! No hay acción que pueda pasar desapercibida á Dios, por quien vela en ti tu conciencia. Todo ser es responsable; crece, decrece, vive, piensa, condenado por él mismo ó absuelto por él mismo; todo lo que hace se va al espacio; y debajo está el infinito, contador exacto, platillo de balanza sin límites, y la caída posible y las lúgubres tinieblas donde serpentean, arrojadas por el viento que las persigue, los tortuosos enjambres de los mundos de la noche.

Sí, el alma en el mal ¡ay! naufraga y se va á pique.

Hombres, vuestra luz está hecha con sombra; bajo vuestro presidio hay otros calabozos profundos; ni

siquiera lo sospecháis vosotros; ¡oh! negros bufones que reís, que cantáis, que escarnecéis!, esto es lo peor; el mundo de los sollozos comienza en vuestra risa. Al mismo tiempo, la alegría está por encima de vosotros. Porque ante la mirada del ser sin iras, todo se contiene; y el éxtasis se enlaza con el dolor.

*

El ángel me miraba, y sin que yo hablase, veía mi pensamiento, y entrando en mi alma su ojo fijo hacía mi cráneo transparente.

Dijo, levantando un dedo de su mano soberana:

—Que el oído de abajo que me escucha comprenda que el ángel no se ha contradicho mostrando al hombre tan vano después de haberlo demostrado tan grande. Todo es alto, todo es bajo; todo es lento, todo va de prisa; toda cosa creada es espléndida y pequeña; todo ser tiene dos aspectos, tinieblas y rayos; y la justicia sale de las confrontaciones del lado miserable con la cara [lado] augusta.

*

El ser es un tronco repugnante que lleva un busto divino. Pero—¡dichoso el que se ha confiado á la conciencia!—todo, hasta ese tronco vil, será glorificado.

Dios, el advertidor justo, mira incesantemente la vida, y por entre los vientos murmura: ¡tened cuidado!; y sigue con los ojos el choque de los buenos y de los malos.

Hace poco, oh viviente terrestre, podías responderme: —Sí, el cielo es gibelino ó güelfo; el astro conoce á Isis y á Febo, á Tebas y á Delfos, Ginebra y Roma, Edipo y Esfinge, enigma y palabra; el meteoro toma parte en causa allá arriba en pro ó en contra de Pompeyo ó César, en pro ó en contra del pálido Capuleto que un Montaigne encuentra; porque en toda querrela hay un poco de equidad y un poco de verdad en todo brillo; y si la rosa encarnada tiene culpa, la rosa encarnada tiene razón;—y esto basta para que Dios se incline. La nube, el día, el rocío sudando, el cometa arrastrando su siniestro fulgor, todos los seres profundos que pasan por el abismo, son del partido de los que se pisotea y se oprime; y, luchando por el derecho y por la verdad, el débil tiene toda la inmensidad en sus riñones. De ahí la augusta fe del corazón simple y robusto. Vivientes, todos los cabellos de la cabeza del justo están ligados á los destellos de todos los astros de oro por medio de hilos que ningún brazo ha podido romper todavía.

Vive, alma.—¡Oh! ¡Que Dios esté en lo que tú prefieras!

*

La ley, bajo sus dos nombres, una en las esferas vivientes, es el progreso; muertos, es la ascensión.

Toda ciudad, de abajo ó de arriba, es Sión; todo ser, por el esfuerzo de la labor voluntaria, sale de la prueba y vuelve á la dicha; toda tierra debe convertirse en edén, y todo cielo en paraíso.

Los que yacen exclamarán: ¡en pie! Los entorpecidos se moverán; el porvenir, hablando con voz tier-

na, dirá: ¡tierra, ese es el camino que hay que seguir, oh tierra! Y la armonía, cantando, conquistará el horror de Groenlandia, el horror del Sahara, y la arena y la nieve, y esas larvas bárbaras, caribes, hurones, beduinos, malabares, pueblos sordos del Ohío, del Thibet, del Darfur, que la sombra guarda sentados en su negra encrucijada. El alba, esa blancura justa, sagrada, íntegra, que se hace en la noche, se hará en el negro. En Tombuctú nacerá una Atenas de pura frente.

¡Oh! ¡Con tal que sea hacia adelante, Dios sabe dónde, ve, vuela! Lo he dicho ya y te lo repito: allá donde se oye tocar la trompeta, allá en lo desconocido, allá en lo real, en lo verdadero, en lo bello, en lo grande, en el cielo, ¡género humano, género humano, abre tus anchas alas!

Al mismo tiempo, la muerte de espléndidas pupilas empuja al monstruo hacia la eterna y suprema claridad, y al hombre, llevado por el viento del sepulcro, rebaño fugitivo que ella cuenta al borde del precipicio. La aurora es un beso que quiere las frentes de la sombra. Todo se mueve, todo se levanta, y se esfuerza y trepa, y se alza y vuela, y resucita y vive. Nada está hecho para permanecer en la sorda obscuridad. El alma desterrada se hace menos pesada á cada instante y se aproxima al cielo que os reclama á todos. De hora en hora se dulcifica la pena para los que se han hecho más dulces; la sombra se cambia en felicidad; la bestia es conmutada en hombre, el hombre en ángel; por la expiación, escala de equidad de la cual un extremo es noche fría y claridad el otro, bajo el azul que la luz anega, el universo Castigo sube sin cesar al universo júbilo.

Y se va á él de un salto y desde el lugar más triste. Sí, el horror y el mal pueden verse de una vez á los pies de Dios en urnas de luz. Sí, los más negros tienen derecho á la más blanca esfera, los más viles tienen por ley alcanzar á los más altos. Todos los destellos atraviesan todos los caos, vacían la noche y, [lo cual es un] arrobamiento de los ángeles, hacen gavillas de arco-iris con todos los fangos.

¡No más desheredado! ¡No! ¡No más paria!

*

Levanté ambas manos al cielo; el ángel gritó:

—¡Oh profundidades, ved como ese pasajero se admira!

Luego repuso:

—Soñador al que se lleva un viento de otoño, sal de la enfermedad de tu estupor sin ojos. Aprende la inmensidad. Acechador obscuro de los cielos, sabe, oh viviente, que vienes á mirar como nace el alba, que la expiación va tal vez más allá de donde tú descendiste y sondaste, hombre, y que puede hacer de Judas un elegido; sabe que Dios, domando hasta el ojo que fascina, cambia, cuando le place, á la serpiente en raíz de tal modo, que con el tiempo se cumplen sus designios y que de la víbora hace salir un lirio.

¿Qué han enseñado, pues, al hombre la India, el Egipto y la Caldea, si está petrificado por esta sencilla idea: que el alma se perderá, se pierde y se perdió, pero que Dios puede encontrarla siempre?

¿Quién te dice que el día en que la muerte te haga nacer al fin, no verás, hombre, aparecer en el umbral de los cielos un arcángel más grande y más deslumbrador y más hermoso que el que te habla ahora, teniendo flores, soles, astros, chispas, y todos los diamantes del precipicio en sus alas, que irá hacia ti puro, augusto, dulce, sereno, tranquilo, y te dirá: yo soy quien fué Caín?

Hombre, sabe que Dios podría coger una cochinilla [corredera], un sapo, el ácaro que tiene tu úlcera, y darle la aurora y el septentrión. Sabe que Dios podría coger un vibrión, un gusano de tierra en el fondo del sepulcro nocturno, y decirle: —Ahí están Sirio y Saturno. Te doy Arcturo, Orión y las Pléyadas de oro. ¡Toma! Y te doy, además, el vasto Júpiter con sus cuatro lunas. Toma el huracán, el ruido, el día azul, las noches oscuras, el trópico y el estío, el polo con el invierno. Venus, perla de la tarde, yo te doy á este gusano. Gusano, toma Aldebarán que vió Juan, mi apóstol, y toma sus tres soles que ruedan el uno sobre el otro; toma todos los firmamentos y todos los océanos, y el alto Zodíaco de los doce astros gigantes girando como una rueda en el fondo de las sombras negras.—Sabe que Dios podría dar todas esas glorias á ese gusano de tierra inmundo y legñoso sin admirar á un solo arcángel en los cielos.

Y sabe también que Dios daría á aquel ser lo que en todos los lugares ve nacer la eternidad, todos los astros que se ven, todos los que no se ven, todo lo que se arremolina al soplo de la muerte y las mil antorchas que tiemblan en el gran velo, sin que el infinito fuera aminorado de una estrella; y que habiéndolo dado todo, Dios no tendría nada de menos.

*

Y el arcángel repuso: —¡Soles, sed testigos!

Sed testigos, oh cielos, de que el ilota y el esclavo, el idiota cuyo ojo divaga y cuyo labio babea en sus pesados sueños, y el leproso solitario en su lecho maldito, oh cielos, son vuestros iguales, y que los gusanos de tierra son vuestros hermanos, soles.

Sed testigos, éteres donde vive el alma arrebatada, expansionamientos de esplendor y de vida, edenes dorados por Dios, paraísos que pasáis con el sonido de las liras, destellos, sed testigos; sed testigos, sonrisas, de los llantos sagrados.

Sólo toca á la noche, y eso depende de ella, ser dichosa, inocente y sincera, y fiel, deslumbrarnos á todos y ver de repente como ciegan á sus buhos claridades abiertas en la obscuridad y oleadas de colibrís surgidos de un montón de rosas.

El malo es un muerto cuya armonía es viuda. Cuando le place, puede renacer después de la prueba y volver alado, soberbio, triunfante, sin llantos, sin duelo, sin temor, gozoso; porque todo espíritu es el esposo estrellado de la justicia santa.

Hombres, á veces grita y resiste en vosotros el orgullo, y sintiendo que vuestro globo es triste, decís: «Dios no tiene nombre para nosotros; ¿qué ha encontrado Ptolomeo y qué sabe Epicuro? Doble negación; el cielo negro, el alma obscura. El ser es Noche, el hombre es No.

»El mal es nuestro dueño y la duda es nuestro huésped; Dios nos enseña la pena y nos oculta la falta; ¿qué quiere ese Dios lejano? Nuestra vida es tan pesada y nuestra alma es tan negra, ¡ay!, que en ciertos momentos titubeamos en creer en la estrella de la mañana.

»Parece que Dios triste intenta á cada aurora crear un día puro, divino, encantador, sonoro, explicado por el júbilo de un eterno medio día recalentando á la naturaleza, sin mancha...—y cada tarde vuelve la noche, borrón del día siempre frustrado.

»¿Quién nos dice que este mundo inicuo y letal sea la obra de alguien que sepa lo que quiere hacer? Todo se arrastra con terror; ¡esos montes, esos mares, esos campos donde van á pacer nuestros rebaños, esos globos, esos soles, esos cielos, tal vez no son más que algun error inmenso!»

Y vosotros, vivientes siniestros de la tumba, gritáis: «¡El anatema nos posee; el horror cae á plomo sobre nosotros; ese carcelero nos sigue; la obscuridad nos empolla y la cárcel nos acecha, áspera y aplastante, y cada estrella es la linterna sorda de un espectro de la noche!»

«Somos prisioneros; las tinieblas nos retienen, todos los ojos del abismo nos miran á la vez; ¿cómo huir? ¡Nos ven! ¿Cómo evadirnos?»—¡Para salir basta que una buena acción empuje la enorme puerta con la punta del dedo meñique!

El Dios justo que pone un término á cada cosa no quiere que el grande se pare encima del pequeño; quiere la libertad. Y Dios, oh pobre alma inquieta, hace con el átomo la llave de la cerradura hecha con la inmensidad.

Dios no permite á nada la opresión; el bruto y el ángel son amigos; en el fondo de toda caída pone Dios su claridad; Dios marca el solsticio de toda ascensión; grita á los cuatro vientos: ¡Igualdad! ¡Justicia! ¡Equilibrio! ¡Equidad!

Y uno de los cuatro vientos va á decírselo á la aurora; el otro al poniente purpurado que se ensancha, dorado por un nimbo; el tercero lo dice al mediodía que se embriaga en el deslumbramiento de todo lo que hace vivir; el último, á la noche.

¿Qué tiene más el destello que la bestia? El tigre tiene su furor; el cielo tiene su tempestad; todo es igual á todo; el insecto vale el globo; y soles, esferas, glorias, todos los gigantes iguales á todos los infusorios, yacen bajo Dios [que está] en pie.

Todo no es más que un torbellino de polvareda que vuela. ¡La mosca y su brillo, el astro y su aureola, ceniza, apariciones! ¡Vida! ¡Ser! ¡Oh precipicio obscuro! ¡Horrores sagrados donde Dios deja caer, soñando, empiresos y creaciones!

¡Lo infinitamente pequeño, lo infinitamente grande, sueños! Esos soles que ves, esos azules en que te sumerges, alma errante sin apoyo, las órbitas de fuego de las esferas vagabundas, los éteres constelados, los

firmamentos, los mundos; círculos del fondo del pozo.

¡Oh cisterna de la sombra! ¡Oh profundidades lívidas! Las plenitudes son semejantes á los vacíos. ¿Dónde está, pues, el sostén? El ser es prodigioso hasta el punto—tiemblo de ello—de que se parece á la nada; y todo da en ciertos momentos el vértigo de nada.

Se vuelve á la nada por la misma enormidad. Sí, si no estuviera allí, él, el testigo supremo, ¡oh, cómo se estremecería uno! Pero entra en la inmensidad aquella gran frente serena y, como basta una llama para iluminar un antro, reaparece el universo.

¡Oh creación, choque de soplos, ruido de átomos, tierra, trono del hombre, universo, cielos, reinos, destellos, cetros, pavesas, mundo negro que te callas y te duermes! Dios se levanta. Sombra, él es la mirada; sueño, él es lo que se sueña; silencio, él es la voz.

Dios vive. Todo el que come está sentado á su mesa. Es el inaccesible, es el inevitable. El ateo de sombrío voto, al precipitarse con su repugnante cisterna su alma en Dios.

Él es el fondo del ser; sí, terrible ó propicio, todo vértigo le encuentra abajo del precipicio. Satán, el ángel escapado, se aferra él mismo al padre, y en el pliegue de uno de los lienzos del ropaje divino, se advina aquel negro puño crispado.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! El alma única está en todo, y

atraviesa el alma individual, diversa en cada ser; toda carne le tiene por eje; la descolorida cabeza del muerto, en el fondo de la inmunda sombra, ve el mundo por uno de sus dos agujeros, y por el otro ve á Dios.

Ese conjunto donde se ve nacer siempre más alba, y que se llama el cielo y el infierno, se penetra; destello y relumbrón; el uno descende, el otro sube; y Dios pasa en la sombra; y cada uno de ellos ilumina un lado de su faz en el fondo del firmamento.

A veces, en el azul donde tiene el arcángel su nido, se celebran himeneos que canta el viento; el alma se casa con el gusano; y el cielo y el infierno, y la luz y la sombra, y el rayo espléndido y el sombrío fulgor se besan en el rayo.

Nada es desesperado, porque nada está fuera del ser. ¡Vivid! Lo desaparecido siempre puede reaparecer. El mal construye su plaza por vosotros en el vasto y sombrío apocalipsis entre vuestra alma y Dios; el infierno es un eclipse; el mal pasa, ¡Dios luce!

¡Espléndidas y súbitas transfiguraciones! Los castigos están llenos de sombríos cenobitas con los brazos tendidos hacia el cielo. A veces los lugares profundos tienen sollozos sublimes que sobre las cumbres, cerca de Dios, arrojan de repente monstruos desvanecidos.

Cada globo es un huevo asqueroso sobre el que se posa la noche triste, donde se siente remover algo cubierto de seres malditos, lúgubre, horroroso, cubierto

de cardenillo, que un día destroza un pico de hierro, y de donde sale con las alas tendidas el águila del Paraíso.

¡No es el perdón, es la justicia augusta; es la justa liberación después del rescate; el regreso equitativo de las hidras hacia el azul donde se ve despuntar el astro de los mudos á la voz, de las lágrimas hacia la aurora, de los espectros hacia el día!

Dios no está menos abajo que arriba; sí, la naturaleza consagra la igualdad de toda criatura ante el creador; y es el corazón de Dios que siente el ser unánime en los dos enormes latidos del abismo, Profundidad y Altura.

Esas dos pulsaciones de la vida eterna, arrojan al alma inocente y al alma criminal, la una á los cielos, la otra á las noches: cada una va en la esfera donde cae su pesadez. Dios, para ennegrecer á la zumaya y blanquear á la paloma, no tiene más que decir: Yo soy.

La conciencia, resplandor crepuscular, está allí. Estáis advertidos, vivientes; el crimen ilumina. Tú caes, ¡tú sabes dónde! El dracma de Judas, recogido por la noche, brilla y relumbra en el fondo de la sombra erizada; es el ojo redondo del buho.

Dios deja á todos el peso que tienen. Culpable ó

santa, la acción es un pie que marca la huella. Dios deja el mal al mal. ¡Dios escoger! Lo absoluto no tiene preferencia; el círculo no puede nada sobre la circunferencia; lo perfecto es fatal.

Sí, Dios es el equilibrio. Seres, Dios pesa y crea á la derecha la extensión, la duración á la izquierda: lo evidente, lo incomprendido; los deslumbramientos, contrapesos de los desastres; el abismo balanceando el alma; aquí todos los astros, y allí todos los espíritus.

En él están la razón y el centro imperdible; todos los balanceos del orden formidable se reglamentan á la vez conforme á él; todas las equidades forman aquella alma inmensa; ella es el gran nivel del ser; y la clemencia sería en ella un peso falso.

¡Lo absoluto! ¡Lo absoluto! ¡Ni furores ni debilidades! ¡Impasible, estrellada, áspera, en el fondo del bendito cielo, en tu paz que no desborda ola alguna, no te dejas violar, sombría virgen Infinito, ni siquiera por el amor y la misericordia!

Sólo la justicia hace vacilar el eje. Cada cual pesa su vida, orgullo, prudencia ó vicio. ¡Vivid! ¡Buscad lo mejor! El alma pende de la acción. Cada ser con todo lo que siembra se compone á sí mismo su misterioso peso á su nivel.

La balanza no tiene el derecho de hacer gracia [perdonar]. Oscila fuera del tiempo y del espacio; es la verdad; su temblor se apacigua bajo la sola equidad. ¡Pregunta á los dos platillos si la inmensidad pesa más que la eternidad!

*

El arcángel desapareció como se borra una humareda en la frente del Vesubio ó como se desvanece la espuma en la tina al caer de la prensa.